

CULTURA

“Los europeos no sienten que controlan su destino político”

El ensayista estadounidense Mark Lilla presenta su libro ‘El regreso liberal’

ANTONIO PITA, Madrid Diez días después de que Trump ganase las elecciones, Mark Lilla, un catrónico de Humanidades en la Universidad de Columbia cuyo nombre apenas sonaba fuera del ámbito académico, escribió un artículo de opinión en *The New York Times* que se convirtió en el más leído —y probablemente el más polémico— de 2016. Su tesis, desarrollada más tarde en el ensayo *El regreso liberal* que ahora publica en España la editorial Debate, es que la derrota demócrata se debió a la fijación de los liberales estadounidenses por lo que Lilla denomina “la política de la identidad”. Es decir, poner el foco en las narrativas de la diversidad (étnica, sexual, cultural, etc.) frente a la articulación en torno al concepto de ciudadanía de un “nosotros” en el que cualquiera se vea reflejado y que permita retomar la Casa Blanca. O lo que llama el “modelo de compromiso político de Facebook”, en el que im-

minorías”. Y pone como ejemplo las páginas web de los partidos republicano y demócrata. La primera incluía una declaración de principios que empezaba por la Constitución y acababa por inmigración. La segunda, mensajes diferenciados para 17 colectivos, como LGTB, nativos americanos o afroamericanos.

Construir una identidad

Otra comparación: Reagan y Obama. El primero “ofrecía una imagen concreta: familias yendo a la iglesia en pequeñas localidades, abriendo negocios... y el Gobierno Federal, lejos”. El segundo, “un eslogan incompleto”. “Sí, podemos... ¿pero qué? La política trata a menudo de decir lo que se puede hacer. Tras una tragedia, solía afirmar: ‘Esto no es lo que somos’. Y eso no es decir lo que sí somos”, señala.

¿Y cómo se construye un nosotros en un país con realidades tan



Mark Lilla, el pasado viernes en Madrid. / JAIME VILLANUEVA

porta menos la argumentación y más la personalización del debate

Más criticado desde la izquierda que desde la derecha y acusado por una colega de la universidad, Katherine Franke, de “hacer de nuevo respetable el supremacismo blanco”, Lilla atribuye las reacciones negativas a haber tocado un “problema tabú”. “No hay conciencia del peligro que suponen estos republicanos radicales y de que la única forma de combatirlos es recuperar las instituciones. La izquierda liberal está cómoda, vive en Estados de mayoría demócrata. Se ha convertido en más importante mostrarse moralmente puro que políticamente efectivo”, asegura en una entrevista el pasado viernes en Madrid.

Lilla inicia el libro, en el que se define como un “liberal estadounidense frustrado”, con una cita de 1985 del fallecido senador demócrata Ted Kennedy: “Podemos y debemos ser un partido que se preocupa por las minorías sin convertirnos en un partido de las

disparas sin dejar de lado a las minorías? “Lo único en común es la ciudadanía. Por eso abogo por poner el foco ahí y no en entender unos las vidas de los otros”, responde y pide que no se “sobreinterprete” la victoria de Trump. “Rellenó un espacio vacío”, el que habían dejado demócratas y republicanos clásicos al no convencer con su proyecto de futuro.

Lilla considera que su análisis también es aplicable a Europa, donde los partidos de izquierda, tras haber “perdido a la clase trabajadora y no creer ya en el socialismo”, no saben “cuál es su próximo proyecto”. “Hay una crisis de legitimidad democrática en Europa por dos motivos: el proyecto europeo, que es de las élites y solo indirectamente democrático, y la inmigración sin control. La gente no siente que controla su destino político. Pienso que la izquierda tiene que redescubrir las virtudes del Estado-nación, de la ciudadanía y de las fronteras”, concluye.

DON DE GENTES

Nueva York escrito en la cara

ELVIRA LINDO

Cuando vivía en Nueva York estaba convencida de que yo llevaba Madrid escrito en la cara. Al menos así lo sentía muy poderosamente cuando estando sola en un restaurante daba por hecho que mi rostro delataba mi origen. Cuando algún camarero o vecino me preguntaba si era italiana, israelí o griega me resultaba chocante. Vaya, ¿cómo no ven que llevo Madrid escrito en la cara? En eso estaba pensando cuando vi la noche del miércoles entrar a Vivian Gornick en un restaurante del barrio de las Letras. Me levanté, nos besamos, nos sentamos frente a frente y les aseguro que ahí estaba de pronto Nueva York. Nueva York en sus cuatro puntos cardinales, con toda su espina dorsal, del Bronx a Staten Island.

¿Saben ustedes lo que es una mujer encarnando una ciudad? Eso es Gornick con respecto a Nueva York: la risa explosiva y abierta; la mirada directa, irónica, alerta siempre; la voz gruesa, imponente, que puede tornarse de pronto en intimidatoria; la disposición a cerrar las frases con un giro ingenioso; una fortaleza física que desafía inviernos heladores y veranos asfixiantes y ese desparpajo envidiable, de personas seguras del espacio que ocupan y de que la calle es suya.

Qué privilegio cenar con esta neoyorquina irredenta que ha hecho de la ciudad salvaje el gran personaje de su literatura. Leímos su *Apegos feroces*, porque hemos sido muchos los entusiastas de ese libro en el que pasean la escritora y su madre, y ahora nos llega *La mujer singular y la ciudad*, que es una suerte de continuación de esa diarista que pasea y escribe, que recuerda y escribe, que transcribe las conversaciones con el amigo gay que toda escritora debe tener y que reproduce las conversaciones que a diario mantiene con desconocidos o las frases extraordinarias, sacadas de contexto, que caza al vuelo. Hay que deambular mucho por la calle para ser Vivian Gornick, y hay que tener un empuinado empeño en que nada ni nadie coarte el grado de libertad necesario para contar una verdad íntima y perturbadora.

The Odd Woman and the City. Qué evocador suena en inglés. Todos los adjetivos que puede contener *odd* pueden adjudicarse a ella: peculiar, rara, distinta, no convencional, insumisa, idiosincrática e impar, o lo que

es lo mismo: mujer sin pareja. Con ese doble significado encantador y algo humorístico presenta Gornick una nueva tanda de paseos inolvidables. Son paseos por el presente o por el recuerdo, por su actual barrio, el Greenwich Village de Manhattan, o por su lugar de origen, The Bronx.

Nos cuenta Vivian que en los últimos tiempos se ha convertido en una especie de *celebrity* local y que las señoras le asaltan en la calle para decirle, “¿Qué, has escrito ya otro libro?”. Eso es mucho en una ciudad en la que se combinan con extraña armonía el poder aplastante de la soledad con las habituales conversaciones entre desconocidos que atenúan la sensación de ser invisible.

Fue Vivian Gornick una joven feminista radical, y ahora es una feminista de la vieja escuela, una *old feminist*, como ella se define, y esa actitud se aprecia en lo que escribe. Su mirada hacia los hombres no es furiosa sino irónica, descreída y en sus recuerdos vibran tanto la voluntad de amar como una especie de asunción de que mujeres como ella están hechas para andar solas por la vida. Las escenas sexuales me apasionan, por lo que tienen de despreciadas y gamberras, aunque no haya pretensión en la autora de epatar sino de narrar sin tapujos. En un pasaje en el que se encuentra a un viejo amigo de su infancia en el Bronx, dice así: “Acabamos en la cama y una intensa y dulce felicidad,

que ninguno habíamos imaginado que sentiríamos, nos pilló desprevenidos. Una tarde, cuando estábamos haciendo el amor, le hice una mamada. Cuando terminé, Le dije:

—El sueño de todos los chicos del Bronx, que una chica de su calle se la chupe.

Manny se recostó sobre la cama y rio de esa forma suya tan franca y sencilla. Eso me excitó más que nada de lo que nuestros cuerpos estaban haciendo”.

Esta mujer a la que he conocido sonriente y cordial, agradecida por la pasión que están despertando sus libros, reivindica algo que de manera poderosa conforma su carácter y por lo que a las mujeres se nos suele reconvenir: su actitud crítica ante cualquier acontecimiento. ¿Por qué no habría de ser crítica?, le pregunté a un amigo. Quiénes nos acercamos a sus libros anhelamos que lo sea, que diga en público lo que solemos cuchichear en privado, que mantenga su radical conflicto íntimo con el amor, la amistad y sus propias contradicciones.

Vivian Gornick en persona es como Vivian Gornick en libro. De tal forma que me pareció coherente y divertido que en la mañana de su llegada la escritora se fuera al Prado y después quisiera montarse en un autobús urbano para ver Madrid sobre las ruedas de un transporte municipal. ¡Es muy Vivian Gornick!

Tras la cena, salimos a la calle, y su rostro irradiaba tantas luces neoyorquinas que la calle Moratín se me antojó de pronto cualquier rincón del Greenwich Village.



La escritora Vivian Gornick, el viernes en Barcelona. / CONSUELO BAUTISTA

Vivian Gornick reivindica su actitud crítica ante cualquier acontecimiento